

LO ELITISTA Y LO POPULAR

Tradicionalmente por cultura se entendía los conocimientos, capacidad creativa y visión de la realidad de quienes se habían cultivado, lo que daba lugar a dividir a los integrantes de conglomerados humanos en cultos e incultos. La Antropología Cultural considera la cultura como un elemento esencial a la condición humana ya que se trata de creaciones colectivas para hacer frente a los problemas de la realidad, lo que elimina la división entre culto e inculto, debiendo hablarse de culturas diferentes. La coexistencia de estos dos significados de cultura ha llevado a que se hable de cultura popular y elitista, la segunda propia de la gente cultivada y la primera de las manifestaciones espontáneas de los pueblos frente a la vida. La identidad, que ha cobrado enorme importancia en nuestros días como respuesta a la globalización, se encuentra en muy alto porcentaje en la cultura popular. Los límites entre popular y elitista ni de lejos son precisos y, siendo la cultura dinámica, los cambios inciden en esta clasificación dándose un permanente proceso de elitización de lo popular y popularización de lo elitista.

Visión de las culturas

Hace no mucho tiempo, era común y legítimo hablar de personas y colectividades cultas e incultas; en cada país y cada región había una minoría de personas acreedoras al ostentoso primer calificativo y otras al nada honroso segundo. La madre tierra con generosidad nos ofrece una amplia diversidad de recursos para la subsistencia y los humanos encontramos soluciones a las cambiantes necesidades que el desarrollo implica. Para subsistir, dada nuestra condición de omnívoros, plantas y animales han estado allí, debiendo nuestros antecesores, con ayuda de tecnologías básicas, dedicar casi todo el tiempo para lograr recolectar lo que era necesario para la alimentación. La mayor parte de la presencia del hombre en la tierra se dio en estas condiciones.

Además de esta necesidad básica, satisfacía otras como la de cubrirse para protegerse del frío, recurriendo a las pieles de los animales que cazaban

y luego a fibras vegetales y animales que manualmente las procesaban para contar con telas. Carente de la pelambre de los demás animales, la piel dura y la capa de grasa, cubrirse fue una necesidad fundamental en determinados climas, añadiéndose luego otras necesidades creadas como la de observar las normas de pudor y mostrar el estatus dentro del grupo¹. Recurrió a la madera para construir viviendas elementales, según nuestra visión.

Para poder lograr resultados mejores en menor tiempo, su creatividad le llevó a construir herramientas, fundamentalmente de piedra, que se encontraba a su disposición y que también la usaba para algunos recipientes y objetos decorativos. Es casi seguro que también creó herramientas de otros materiales como hueso o madera dura, que no se encuentran en el acopio de restos arqueológicos acumulado a lo largo de los siglos, por su condición biodegradable. Esta

capacidad creativa hizo posible que los integrantes de nuestra especie se adapten a casi la totalidad de nichos ecológicos emergidos, encontrando medios para superar las dificultades y sobrevivir, igual en duras selvas tropicales, regiones de clima templado y otras extremadamente frías como las cercanas a los polos.

Los esquimales constituyen un caso ejemplar de esta capacidad para sobrevivir en las más inhóspitas regiones, ausentes de productos vegetales y contando tan solo con peces y mamíferos en reducidas cantidades, cuya captura requería pericias difíciles de imaginar. La ausencia de productos vegetales y de materiales apropiados para herramientas, les llevó a obtener el máximo provecho posible de lo que había en su inhóspito entorno, mostrando cuanto puede la creatividad y el ingenio para sacar provecho de muy pocos elementos. A simple vista, construir sus habitaciones, los iglúes, con bloques de hielo, parece un contrasentido ya que una de las funciones de las casas es abrigar a sus habitantes, pero mediante recursos interesantes, valiéndose de pieles colocadas entre el piso y la techumbre, podían permanecer liberados de las pesadas vestimentas que el entrono exterior exige.

Esta creatividad organizada de diversas maneras recibió el nombre de cultura, desde un punto de vista antropológico, disciplina que se consolidó en la segunda mitad del siglo XIX ². A diferencia de los demás integrantes del reino animal que organizan su vida mediante el instinto, con el que nace cada integrante de cada especie, los seres humanos están en condiciones de introducir reformas en los entornos en que viven, gracias a su capacidad de razonar y así contar con elementos de diversa índole, no solo para adaptarse al medio como ocurre con el instinto animal, sino para adaptar el medio a sus formas de vida. Desde este planteamiento, la cultura es el elemento que diferencia al ser humano de los demás integrantes del reino animal y toda persona posee una cultura, lo que elimina la posibilidad de calificar como inculto a un integrante de nuestra especie. La cultura es, entonces, consustancial a la “hominidad”. Lo que es evidente es que podemos hablar de culturas diferentes.

Imprecisión del lenguaje

Una de las más importantes creaciones de la cultura humana ha sido el lenguaje, como un código organizado de sonidos que porta conceptos y permite agilitar indefinidamente la

posibilidad de comunicación. Pero todo idioma carece de la precisión requerida, pues varias palabras pueden usarse con distinto sentido, generándose confusiones y malentendidos. Tratándose del término cultura —uno de los más complejos del idioma— han coexistido hasta nuestros días dos concepciones básicas, a las que con anterioridad me referí: la que considera que cultura se refiere a personas que se han cultivado, una minoría y el resultado de la creatividad colectiva para organizar el comportamiento de los grupos.³ En ambos casos es indispensable el uso de las facultades psíquicas superiores, esenciales a la condición humana. Es posible usar, desde el primer sentido, el término inculto para el no cultivado. Desde el otro sentido no tiene cabida la incultura en nuestra especie; es posible hablar de culturas diferentes, pero no de su ausencia. De haber

usado los antropólogos una palabra distinta, se habría eliminado esta conflictividad.

El diccionario —en el caso del español, que oficializa el sentido de las palabras mediante la decisión de la Real Academia de la Lengua— hasta su edición de 1980 se refiere a cultura como: “Resultado o efecto de cultivar los conocimientos humanos y de afinarse por medio del ejercicio de las facultades intelectuales del hombre”. En la edición del año 2001 añade otro sentido: “Conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grados de desarrollo artístico, científico, industrial en una época, grupo social etc.”.

Carmel Camilleri, en su obra *Antropología Cultural y Educación*, publicada en 1985 escribe:



“Hay un significado mucho más antiguo y común en el cual piensa la mayoría de las personas cuando se pronuncia esta palabra: la de cultura como atributo del hombre “cultivado”. Este último es reputado por dominar los saberes que le permiten ir más lejos en el conocimiento de todos los aspectos de lo real, así como los métodos y equipamientos mentales que le permiten multiplicar y profundizar esta ciencia. Por otra parte se le atribuyen posibilidades del mismo orden en el campo de lo imaginario, donde llega a ser capaz, por ejemplo, de comprender y gustar formas de arte inaccesibles a los otros, así como de crear él mismo otras nuevas. Resumiendo, este tipo de cultura abarca un cuerpo de informaciones y de valores privilegiados por el grupo a los cuales el individuo accede gracias a un sistema de aprendizaje particular que le da además el poder de enriquecerlos a su vez”.

En el mismo libro define cultura, con una visión antropológica en estos términos:

“Es el conjunto más o menos ligado de significaciones adquiridas, las más persistentes

y las más compartidas, que los miembros de un grupo, por su afiliación a este grupo, deben propagar de manera prevalente sobre los estímulos provenientes de su medio ambiente y de ellos mismos, induciendo con respecto a estos estímulos actitudes, representaciones y comportamientos comunes valorizados, para poder asegurar su reproducción por medios no genéticos ⁴.

Dos dimensiones de la cultura

Las significaciones son propias de la condición humana, en esta definición destaca el autor su importancia para la conformación, evolución y mantenimiento de las culturas, lo que es imprescindible para que avance las colectividades. El contenido de los dos sentidos de cultura es diferente, en un caso es excluyente y se refiere a una minoría que ha adquirido esa condición, es decir una élite, pues se trata de una minoría selecta o rectora, según define el DRAE, en el otro es globalizante pues incluye a todos los integrantes de la especie humana.

Esta doble visión del término cultura ha llevado a que se distingan

sus dos ámbitos, la cultura elitista propia de la minoría cultivada y la cultura popular que incluiría a los que no se han cultivado, la mayoría y, en términos tradicionales, recibían el tratamiento de incultos con un matiz despectivo. Hablar de cultura popular en un pasado no lejano era como hablar de círculo cuadrado, pero los avances antropológicos han hecho que este término sea aceptado. Hay quienes creen que debería eliminarse el término cultura popular, ya que todo es cultura y al añadir este calificativo se justifica una actitud peyorativa,⁵ lo cual puede tener razón si es que nos aferramos a la posición del pasado.

Si tomamos en cuenta el terreno ganado por la visión antropológica, esta apreciación se debilita ya que, en el mejor de los casos, podríamos hablar de dos orientaciones del término cultura sin que exista una connotación jerarquizante. Lo excelente, lo bueno y lo mediocre se dan por igual en la cultura elitista y en la popular. Si alguien se aferra a la posición del pasado, desconocería que, con la fuerza que en nuestros días ha tomado la identidad, ella se encuentra en la cultura popular ya que hay un respeto a la tradición que acepta el cambio, pero no lo privilegia y no considera que todo

cambio, por el hecho de cambiar es bueno.

Somos seres temporalizados en cuanto el tiempo no es algo que transcurre fuera de nosotros. Más allá de los cambios biológicos y psicológicos propio de nuestra condición animal -nosotros tenemos conciencia de esos cambios- podemos retornar al pasado y proyectarnos al futuro. Vivimos experiencias vitales en el presente, pero ellas están condicionadas en buena medida por experiencias del pasado y tienen sentido en función de lo que esperamos ocurra en el futuro. La identidad no se inventa ni se crea por decreto, se forja con el transcurso del tiempo y renunciar totalmente al pasado sería como renunciar a nuestra condición de seres humanos. Valorar sólo el futuro porque todo lo pasado es negativo, implicaría mutilar nuestras raíces y privar de sentido a lo que construimos. La identidad está en el pasado y si la vida humana se caracteriza por, individual y colectivamente hacernos, hay que partir de una base real que es la identidad. Si la identidad de los pueblos está en el pasado y si es que es positivo conservarla, la cultura popular se convierte en lo más valioso de nuestra realidad.

No implica este punto de vista renegar de la cultura elitista —sería

tan erróneo como la posición de esta dimensión frente a lo popular. Las personas, en sus diferentes grados no se cultivan para deleitarse con esta condición, lo hacen porque pretenden usar la creatividad en el cambio⁶. El pasado es inamovible, el futuro es expectativas que pretenden mejorar nuestra condición. Nadie crea nada de la nada, se crea, partiendo de algo que ya está hecho con el transcurso del tiempo. Partiendo de este punto de vista: identificar la cultura popular con el pasado y la elitista con el futuro, no se trata de dos realidades contrapuestas, sino de dos situaciones articuladas por la temporalidad que es parte de nuestras vidas que se caracterizan por la unidad en la pluralidad, partiendo de la dinámica que es propia de la vida.

Dinámica cultural

Esencial a la cultura es el cambio, si nace de la creatividad humana, esto nunca se detiene, pues crear es hacer innovaciones a lo largo del tiempo. Dentro de esta dinámica se da una secuencia de relaciones entre el pasado y el presente y una proyección al futuro. Los cambios planeados por nosotros se dan primero en nuestras mentes para luego trasladarse a la realidad⁷. En términos generales el

cambio implica progreso, es decir, un bien o mal entendido mejoramiento de la condición del entorno en que vivimos. Así entendida la cultura es importante cambiarla en función del futuro como mantener lo que se ha hecho a lo largo del tiempo pues los rasgos del pasado, en su momento, fueron también un resultado de cambios.

Así como es esencial esa relación entre pasado y futuro, la cultura, por su dinamia, implica la interacción entre sus diversos elementos. El lenguaje es un elemento cultural ya que es creado por seres humanos, pero el lenguaje no es un ente aislado sino que está íntimamente relacionado con la comunicación entre personas y con su comportamiento y es un importante camino para la creatividad. Aprendemos lo que se ha conformado en el pasado para planificar el futuro.

Dentro de lo que consideramos cultura elitista, hay elementos del pasado que merecen su interés; la historia trabajada académicamente con normas y rigor, tiene que ver con el pasado. Un alto porcentaje de museos reúnen elementos de otros tiempos, habiendo personas que identifican museo con pasado. En este caso, se da una separación mental

entre lo que existió antes y lo que experimentamos, es decir, predomina en la cultura elitista una tendencia a mirar el pasado como algo ajeno, si es que no extraño, a las experiencias vitales. En algunos casos se suele asociar lo pasado como retraso, como elementos que, por sus limitaciones en valor, han sido superados. En otros como realizaciones que mantienen su vigencia porque los autores, con genialidad, se adelantaron a los tiempos. El Quijote es una obra del pasado, pero sus planteamientos son intemporales, aunque la lanza, la celada y el peto carecen de vigencia superada por las formas de vida y el progreso⁸.

En lo que se denomina cultura popular, el pasado que mantiene

símbolos de identidad es altamente apreciado. Hay casos como grupos indígenas de la sierra ecuatoriana en los que la vestimenta es un elemento identificador de la pertenencia a una etnia y lo usan de manera permanente sus integrantes como muestra de lealtad a su conglomerado humano. En otros casos, aunque no sean usados en la vida cotidiana, se los conserva y usa en ocasiones especiales festivas en las que se resalta el orgullo de pertenencia a una forma de vida. El ropaje de la chola cuencana va por ese camino, cada vez es menor el uso de estos atuendos en la vida diaria, pero su vigencia como símbolo se consolida cada vez más. Si hace algunas décadas el término “chola” tenía dentro del ordenamiento social un tinte despectivo, hoy las prendas de



vestir merecen respeto y son dignas de exaltación. En el creciente proceso de bluejeanización de nuestros días, es cada vez más frecuente encontrar en sectores campesinos mujeres que realizan sus tareas con esta prenda. ¿Ha desaparecido el vestuario de la Chola Cuencana de nuestro entorno?, si y no. Sí en cuanto su uso cotidiano es cada vez menor, no en cuanto se ha convertido en un fuerte símbolo de exaltación como elemento identificador con raíces en el pasado. Son, si se quiere, dos formas de existencia⁹.

Límites y categorías

Si nos centramos en la idea de creatividad, tiene sentido afirmar que todo es cultura, pero si es que consideramos como funciona la realidad, es legítimo hablar de cultura elitista y cultura popular, como un recurso que permite, desde algún punto de vista, esta manifestación dentro de un contexto social. Es posible calificar algunas manifestaciones con claridad en una u otra área; una pintura cubista de Picasso está en lo elitista, mientras el bordado de una prenda campesina en lo popular, pero no es posible establecer límites en el sentido de hasta donde llega lo popular y desde donde empieza lo elitista o a la inversa. No son estas

dos dimensiones mónadas cerradas en la concepción de Leibnitz, hay un intenso proceso de intercomunicación lo que justificaría hablar de una elitización de lo popular y una popularización de lo elitista en todas sus expresiones.

Ejemplos abundan, la tortilla de maíz de México es un tipo de comida eminentemente popular porque para la población el maíz es una fuente alimenticia ampliamente difundida y la forma de prepararla es fácil, recurriéndose a utensilios de cerámica de hogares modestos. En nuestros días en elegantes restaurantes de México, suele servirse tortillas como acompañantes de platos gourmet para personas de altos niveles sociales y económicos que concurren a esos lugares. Lo que ha sido eminentemente popular se ha convertido en un elemento gastronómico de grupos elitistas. Los paños de Gualaceo hechos con técnica ikat, eminentemente populares y que son prendas definitorias de la chola cuencana de los sectores populares, se usan en nuestros días para confeccionar vestidos de alta costura lucidos por personas de muy altos niveles en la sociedad. A la inversa, formas de peinado que se inician en los sectores urbanos para grupos de altos niveles, se trasladan luego